

EL HOMBRE Y LO DIVINO

Madrid, Siruela, 1992 y Barcelona, Círculo de lectores, 2000 (1ª ed.: México, FCE; 2ª ed. aumentada: México, FCE, 1973).

Carmen Revilla

Esta obra, redactada en 1948, desarrolla temas esenciales en la génesis de la razón poética, plasmación del saber del alma y sobre el alma que había introducido en el famoso artículo del año 1934, *Hacia un saber sobre el alma*, distanciando su propuesta de la de la razón vital de Ortega. A las tres secciones que configuran la primera edición (I: "El hombre y lo divino"; II: "El trato con lo divino: la piedad"; 3: "Los procesos de lo divino", acompañados de una Introducción) se añaden, en la segunda, de 1973, dos nuevas secciones ("Los templos y la muerte en la antigua Grecia" y "En la tradición judeo-cristiana"), así como un Prólogo a la misma.

Como se sabe, antes de la elección del título, *El hombre y lo divino*, el título que, según afirma la autora, quizá convenga mejor a la totalidad de su obra, había proyectado la elaboración de una "Historia de la piedad", un amplio ensayo sobre "Filosofía y cristianismo" y un trabajo sobre "La ausencia", dado que es la ausencia de lo divino el aspecto que, a su juicio, marca la historia humana. El abanico de posibilidades teóricas que estos títulos, por sí solos, sugieren da una idea del sentido y proyección que María Zambrano atribuye a esta obra, de la que forman parte ensayos especialmente destacados por ella, como "La condenación aristotélica de los pitagóricos" y "Las ruinas".

La mirada que aquí dirige al mundo griego, con el fin de contar la historia reviviendo el pasado en un gesto liberador de lo humano, vencido ante la "historia hecha ídolo", hacen de *El hombre y lo divino* una obra crucial en el desarrollo del pensar zambraniano, que alcanza aquí una singular madurez; en ella culmina una suerte de "biografía de la cultura occidental" en la que se opera la "justificación" de la filosofía ante la vida, en la medida en que muestra su origen y la profundidad de sus raíces. Con el fin de caracterizar el marco de la situación actual en la cultura europea, de la que parte, en la "Introducción" tomará a Hegel como referente de la "tragedia humana" que consiste en "no poder vivir sin dioses", tras haber "divinizado" la historia, haciéndola "depositaria del sentido", de modo que lo divino reaparece en el "ídolo" de la historia, haciendo del futuro el nuevo "dios desconocido", tirano insaciable en sus exigencias; Comte, Marx, y también Nietzsche, son, para la autora, intérpretes críticos de la tesis de Hegel que permanecen, sin embargo, en su mismo horizonte. La reflexión zambraniana -que se mueve entre la antropología y la filosofía de la cultura, entre la filosofía de la religión y la mística- introduce como alternativa a estas construcciones una noción fundamental de carácter metafísico: la de lo sagrado.

Lo sagrado es el fondo originario de realidad, la fuente de la poesía que la filosofía le arrebató al intentar hacer habitable el mundo mediante el logos-palabra que interroga, dejando en la sombra el logos-número del pitagorismo, heredero a su vez de otros saberes ancestrales. Para María Zambrano la filosofía es justamente la "transformación de lo sagrado en lo divino", de "lo que está mudo, hace señas, atrae" en la "transparencia" del pensamiento. Aunque la noción de lo sagrado la encuentra, según su testimonio, en la pintura de Luis Fernández y en la lectura del libro de R. Ott sobre Lo

santo, el tratamiento que en esta obra recibe le permite llevar a cabo una relectura plenamente original no sólo del mundo griego y del cristianismo, sino también de su impronta en la historia. De esta relectura emerge el tema de la "piedad" como un "saber tratar" con los diversos órdenes de lo real, cuya pérdida constituye el problema esencial de la modernidad.

A diferencia de la postura mantenida en Filosofía y poesía muestra ahora la insuficiencia de la poesía y el sentido del retroceso al fondo originario de lo ignorado que la filosofía opera desde Anaximandro, encontrando en la tragedia un modo de liberación, que retoma en otros escritos y constituirá el tema de La tumba de Antígona. Igualmente, y como consecuencia de la insuficiencia del movimiento de regresión que los dioses griegos permiten, deja esbozada la temática del cuerpo y la del sueño, que vendrán a ser ejes fundamentales de su pensamiento y trabajo posterior. Las páginas dedicadas a "Las ruinas" representan, en este sentido, un magnífico ejemplo del alcance de su reflexión sobre la permanencia del sueño humano en el fracaso de nuestro trato con el tiempo.